

La labor histórico-eclesiástica de don Marcelino Menéndez y Pelayo (*)

No es fácil reducir a síntesis expresiva y exacta la contribución de Menéndez y Pelayo a cualquiera de las ramas científico-literarias a las que consagró su vida. Lo prueban los innumerables trabajos publicados en torno suyo. Aun los más amplios se ven forzados a reducir sus intentos o a hacerlo de modo esquemático.

Esto se impone más en nuestro caso, tratando de condensar en pocos minutos lo que la labor efectiva y ejemplar de don Marcelino supuso en el terreno de la historia eclesiástica. Tratando de despedirnos en esta casa, del año centenario de su nacimiento, casa dedicada a estudios de cultura eclesiástica general, y en esta Barcelona, donde Menéndez y Pelayo recibió varias de las orientaciones más fecundas y certeras de su vida científica y católica, se imponía de un modo particular el tema que encabeza esta conmemoración. De entre el inmenso piélago de los escritos del Maestro, vamos a entresacar algunos de los rasgos que como historiador y en particular eclesiástico, hacen que su obra se nos manifieste en sus criterios, en sus realizaciones y en sus horizontes abiertos, como imagen de ejemplaridad científica, humana y católica, con lecciones de perenne actualidad y aplicación.

Allá por 1865, cuando el joven reino de Italia, con capitalidad en Florencia, iba alcanzando la mitad de su década (1860-1870), salió un libro intitulado «*Gli eretici d'Italia*». Su autor era ya universalmente conocido como historiador y como católico, uno de los más genuinos y el más eminente de los representantes de lo que se llamaba corriente

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana en la sesión conmemorativa del centenario de Menéndez Pelayo el 13 de Enero de 1957.

NOTA. Tres son los trabajos fundamentales que se han tenido presentes en esta disertación: la *Antología General de Menéndez Pelayo*, publicada por José M.^o SÁNCHEZ DE MUNAÍN en ediciones de la B. A. C. en Madrid 1956, dos vols.; *Menéndez Pelayo el sabio y el creyente*, del actual arzobispo de Granada, DR. RAFAEL GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, Madrid, Ediciones Fax 1940; y *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*, de PEDRO LAIN ENTRALGO, Madrid, 1944.

neogüelfa, o católica militante; Cesare Cantú. Por rara coincidencia con el que iba a seguir sus pasos en España, unía a la vocación de historiador la de literato.

¿Cómo llegó este libro a caer en manos del niño o joven Menéndez? Posiblemente en esta Ciudad Condal. El hecho es que de este libro le debió brotar la idea de hacer algo semejante, que luego fue mucho más, con los herejes españoles, cambiando su apelativo en el de heterodoxos, para dar cabida más fácil a quienes tal vez no les cuadrara con toda exactitud este apelativo de herejes, sin poder desprenderse del lastre de heterodoxos con respecto al catolicismo.

En la intresante correspondencia entablada con el profesor don Gumersindo Laverde, uno de sus mentores en la orientación católica y doctrinal de sus escritos, se trató entre 1876 y 1877 acerca del admitir o no en la historia, en curso de preparación, a los que aún vivían, y la razón que alegó el joven santanderino para compartir y aceptar el criterio de su mentor era la de que César Cantú había hecho lo mismo con los herejes italianos. (R. García, p. 96.)

¿Por qué debió parecerle tan de actualidad y necesario este tema, para hacer con él, como quien dice, sus primeras armas literarias, al mismo tiempo que había ido publicando las cartas que dieron pronto origen a su libro *La Ciencia Española*?

No conocemos en su integridad la correspondencia de Menéndez y Pelayo con sus guías espirituales durante aquellos años, y desconocemos si en ella se resuelve esta pregunta. Pero del conjunto de su actividad y del modo de presentarse como campeón católico desde el principio y en plan de combate literario, no dudaríamos en creer que fueron las catastróficas circunstancias de la vida religiosa española, desde la revolución de 1868, las que le hicieron enfrentarse con el estudio de la heterodoxia española, entonces tan acometedora. Basta leer los últimos capítulos de su Historia para comprender cómo vibraba su alma a la vista de tantos desmanes y cómo trataba de dejar al descubierto en lo ideológico a los corifeos de tales movimientos, tan faltos de base doctrinal, como infatuados o pervertidos por el signo de los tiempos.

Registremos, a título de curiosidad, algunas etapas primerizas de la labor histórico-eclesiástica del precocísimo escritor. El 2 de marzo de 1870, a los 13 años, lee ante sus condiscípulos de bachillerato un trabajo intitulado «Existencia del alma»: 40 páginas de letra diminuta, que se conservan. En su carácter infantil apunta ya el futuro apolo-gista.

No nos distraerá de momento lo referente a su filosofía, tema de otra disertación, pero se impone subrayar la precocidad de su vocación en pro de las ideas católicas. Historia, literatura, filosofía, tales serán en adelante sus preocupaciones habituales, pero no sin que la historia eclesiástica «invada», permitid la inexactitud, todos los terrenos artísticos, históricos, filosóficos o literarios recorridos por el prodigioso escritor.

Significativo es su trabajo de licencia en Valladolid, 27 de septiembre de 1874 (antes de cumplir los 18) con el título de «Examen y juicio crítico de los Concilios de Toledo». Su repercusión para la historia de los heterodoxos no necesita ser subrayada.

Desde entonces, recorre a marchas forzadas todos los senderos de la erudición doctrinal española, sin descuidar parte de la universal. Ya no es sólo el universitario guiado por doctos y expertos profesores, por más que no cesara de pasmarlos con su ciencia y facilidad asombrosa de retención y de síntesis. Pronto se interna por archivos y bibliotecas, aprovecha como nadie los viajes al extranjero que puede hacer en 1876-78, vuelve con copioso botín histórico-literario, vence en históricas oposiciones a la cátedra de Literatura de Amador de los Ríos, en la Central, en 1878, a pesar de no contar con la edad hasta entonces reglamentaria y con tantas empresas y peripecias logra dar cima para 1880 a los dos primeros volúmenes de los Heterodoxos, y entrar triunfalmente, a principios de 1881 en la Real Academia de la Lengua.

Difícilmente se conciben mayores triunfos literarios en los albores mismos de la juventud. Los recordamos en simple enumeración para medir la tensión de su ánimo y la imponente grandeza de su labor durante la gestación de su obra de historia eclesiástica. Y ya aquí, detengámonos en considerar ante todo su contribución a esta rama de la historia, que en la actualidad vuelve a tener merecido florecimiento en España. Resumiremos los diferentes merecimientos y cualidades de la obra histórica de Menéndez y Pelayo, antes de considerarle como historiador en general y recoger la lección, siempre viva y actual, de su fulgurante paso por aquellos campos preferidos.

I. — LOS HETERODOXOS

Recordemos otra vez las fechas, que como tantas ocasiones, son las que nos dan la clave en la vida de los escritores.

Consta que la composición de «Los Heterodoxos» comenzó en 1875. La fecha dice mucho. Nadie se imagina a un joven de 18 años metido en trances investigadores de tal envergadura, y más no tratándose sino de quien acababa de terminar su carrera en universidades civiles en aquellos años críticos.

Y sin embargo, no puede olvidarse la coyuntura. Acababa de realizarse la restauración monárquica de Sagunto y apuntaba en el horizonte un período de bonanza religiosa, después de las bochornosas tempestades provocadas por los revolucionarios desde 1868. Parecían haberse roto todos los diques para la propaganda anticatólica, amparada tantas veces en los textos mismos de las leyes, o de sus discusiones parlamentarias, y mucho más en mítines, folletos, periódicos o libros, antes de serlo en las saturnales del cantonalismo republicano. Y durante esos años críticos se completaba la formación de nuestro apologeta, por más que no pretendiera a este nombre. Y era tal el contraste

de su alma de adolescente al salir de sus enciclopédicas lecturas de la verdadera historia de la Iglesia y de las letras españolas, y contemplar el reverso de la medalla al asomarse a la vida contemporánea de la calle, que su espíritu parecía aguardar impaciente el momento de aportar su colaboración a la empresa de restauración católica, que adivinaba próxima.

El apoyo que para esta finalidad hallaba en la estima de su cometido, nos lo descubre en estas palabras, que aunque escritas más tarde, son el puro reflejo de su mente: «Sin la Historia Eclesiástica (ha dicho Hergenroether) (y lo cita M. y P. en las Advert. Prelim. a la 2.ª ed. de «Los Heterodoxos», 1910, I, 7-8) no hay conocimiento completo de la ciencia cristiana ni de la historia general, que tiene en el Cristianismo su centro. Si el historiador debe ser teólogo, el teólogo debe ser también historiador, para dar cuenta del pasado de su Iglesia a quien le interrogue sobre él o pretenda falsearlo. La historia eclesiástica es una gran apología de la Iglesia y de sus dogmas, una prueba espléndida de su institución divina, de la belleza siempre antigua y siempre nueva de la Esposa de Cristo. Este estudio, cuando se profesa con gravedad y amor, trasciende benéficamente a la ciencia y a la vida, y la ilumina con sus resplandores.»

Su formación en Santander, Barcelona y Madrid le iba preparando a la tarea, pues ya asomaban dos de sus principales direcciones: la histórica y la de crítica literaria, todo del más puro catolicismo, a pesar del platonizante paganismo de algunas de sus preferencias clásicas. Pero al ir a Valladolid a obtener su licenciatura en Filosofía y Letras, huyendo de las amenazas krausistas de Salmerón, en Madrid, se encontró en su Universidad con don Gumersindo Laverde, que fue durante 16 años uno de sus principales guías en lo filosófico-religioso. Sus cartas, que no conocemos más que en cortos retazos, ayudan a reconstruir el ambiente y los propósitos de la composición de «Los Heterodoxos» (desde el 1 de octubre de 1874), especialmente desde que Laverde es trasladado a la Universidad de Compostela. Su intimidad llegó a tanto, que en mayo de 1876 (19 años) Menéndez se siente orgulloso de poderse llamar algún día su continuador y su discípulo.

Laverde le comunica las primeras noticias acerca de las salidas anti-hispánicas de Azcárate (Castro, 231) y le anima a refutarle, diciendo: «Tiene esto tanto mayor interés, cuanto que el ataque va directamente contra el catolicismo». Y sigue con solícito interés el curso de los escritos de su discípulo. Juntos trazan y perfilan «Los Heterodoxos»; sigue el consejo de su guía en lo de admitir a los vivientes en sus últimos capítulos, como Cantú, lo que obligará a confesar a Menéndez más tarde: «Las últimas páginas, a pesar de la abundantísima información que poseo, me han costado muchos sudores y ratos de mal humor, por el asunto y los personajes». (Ibid.)

En junio de 1876 comenta las extravagancias antirreligiosas de Revilla, que atribuye todos los males al Catolicismo, y proyecta oponerse resueltamente a tan disparatada teoría.

Mientras tanto, se abren sus horizontes geográficos y culturales. Gracias a la protección de las autoridades de Santander y de algunos amigos, puede destinar muchos meses, entre el fin de 1876 a 1878, a la visita de muchas metrópolis culturales más relacionadas con la historia española y mundial. Sin olvidar el contacto del presente, se interesa mucho más por lo pasado, por los archivos que guardan sus secretos o los libros que los divulgan. Como dice Laín Entralgo: «Su viaje de estudios es todo un símbolo» (239). «Va a buscar en los archivos el poso de la época remota en que utópicamente quiere vivir; y, sin proponérselo, por coincidencia fortuita y simbólica, copia con itinerario la linde de su utopía, y recorre las sendas del antiguo circuito imperial: Portugal, Nápoles, Lombardía, San Quintín, Flandes. Un anhelo de erudición española hizo que el estudioso siguiese la huella de la pasada grandeza: el Imperio de antaño es hogaño mero «hispanismo», y la empresa de entonces se ha hecho ahora mera erudición memorativa». Sin negar nosotros un poco de verdad a este recuerdo nostálgico del gran profesor de Madrid, creemos que el viaje en aquellas circunstancias no fué fortuito. Iba batallando Menéndez con enemigos de la Religión cristiana y de la ciencia española, y, ¿dónde hallar mejor la huella de sus pasos allende las fronteras, sino allá donde se extendió su antiguo influjo cultural, o los centros universales católicos o humanista, como Roma y París? El plan estaba bien trazado. A más de desempolvar legajos de archivos, reconocer y comprar ejemplares raros, y extasiarse ante las cumbres artísticas clásicas y cristianas o los recuerdos hispánicos, aún halló tiempo para escribir poesías, idear dramas de carácter religioso-nacional, como el Séneca, en Roma, y puntualizar los capítulos de los «Heterodoxos», con tanta riqueza de datos como seguro criterio.

Vuelto a España, hubo de dedicar atención especial la segunda mitad de 1878 a la preparación de sus famosas oposiciones a la cátedra dejada vacante por Amador de los Ríos, cuyas especiales circunstancias no es necesario recordar. ¿Cómo olvidar, sin embargo, el afloramiento espontáneo de lo religioso que iba componiendo por escrito, en la exposición de sus programas? Ya en la Introducción a las oposiciones apuntaba a la unidad vivificante del Cristianismo en nuestro suelo. (Castro, 202.) Uno de los testigos al acto de la defensa, Manuel Marañón (padre del conocido doctor de nuestros días), se encargó de remitir inmediatamente a Santander las noticias de aquel curioso acto académico, al que asisten amigos y enemigos en gran número. A las cuatro y cuarto llaman a Marcelino... «¿Cómo se explica la decadencia lírica del siglo XVI?» Empieza admirablemente, con asombrosa erudición y soltura absoluta. ¡Admirable! ¡Admirable! Movimiento de asombro en el público; no decae ni por un momento su erudición ni su crítica, admirablemente sostenida. Admirable defensa... y de la Inquisición y despotismo político, de la parte que vulgarmente se les atribuye en nuestra decadencia literaria. San Leandro como autor sagrado, su influjo en la literatura española. — Profusión de datos; ¡admi-

rable!... (y al final) «San Eugenio de Toledo: sus poesías. — En este momento una inmensa salva de aplausos acoge sus palabras. Calderón: sus obras, ¡sublime! Historiadores de nuestros días...» (Castro, 37-8) [escrito el 30 de octubre 1878, durante la misma defensa].

¿Quién no ve en todos esos datos, trozos de los Heterodoxos en avanzada gestación entonces?

Inmediatamente tuvo que posesionarse de la cátedra y dedicarse a ella como se dedicaba a todo su titular. Y a pesar de esto, en 1880 dos gruesos tomos de Historia se encargan de poner la definitiva corona del triunfo científico-literario en las sienes de un joven de 23 años.

La obra no podía pasar inadvertida en el ambiente religioso y cultural del siglo XIX, después de las últimas sacudidas ideológicas antes recordadas. La expectación aumentó aún por conocer cómo trataría a los modernos «hierofantes» del error, en término caro a Menéndez en sus años juveniles. No hubo que esperar mucho y en 1882 se completaba la obra con el tercer tomo y comenzaba de veras la polémica sobre su autor.

Su queridísimo Milá y Fontanals le escribía el 20 de diciembre de 1880: «He recibido el 2.º tomo (y por supuesto el 1.º) de su admirable obra de *Herejes Españoles*. Me ha parecido notar una salvedad que me ha gustado, y es la de que no todo lo que hizo en España la Inquisición es propio o esencial en la constitución, sino que algo se debió o debe achacarse al carácter español. Algo de esto me parece, además, desprenderse del caso del buen *Carranza* (como le llamó Cabanyes, que, sin duda, no estaba tan informado como V.), donde se ve que la moderación y la completa justicia estuvieron en Roma». (Castro 270).

A la publicación siguieron días de gloria y también de amarguras y de malevolencia para su autor. Los católicos, generalmente, pues hubo también sus excepciones como otras veces para con él, y aun otros olvidados de que lo eran, le alabaron extraordinariamente y se lo hicieron conocer de modo bien expresivo: Caminero, Martínez Vigil (Ob. de Oviedo), Tomás Cámara OESA, Laverde, Card. Ceferino González, Emilia Pardo Bazán, Angel Ganivet, Navarro Ledesma, Luanco, Marqués de Cerralbo, Verdaguer y tantos más. Mosén Jacinto había ya celebrado los primeros éxitos de Menéndez y augurado «que crecerán de día en día porque ha templado su espada en el fuego de la religión católica». Antes de dos años se cumplía el augurio y el poeta enviaba su parabién al historiador.

Y sin embargo, la amargura acechó por momentos al escritor en aquellos primeros meses, bien ante la conspiración del silencio de sus adversarios, bien por los ataques a que se entregaron después. Y no sólo los adversarios. «Los amigos se callan también, quizá porque he dicho o procurado decir la verdad a todos. Poco importa» escribe a Laverde en 15 de julio de 1882, al mes del tercer tomo.

Prescindiendo ahora de la acogiida hallada entonces, y enjuiciando el valor científico de la obra, es necesario recordar ante todo la opinión

que se formaba su mismo autor años adelante, al prologar la segunda edición de *Los Heterodoxos*, «esta obra, que era de todas las más la más solicitada, aunque no ciertamente lo que estimo más» [I, 34] (HHE, I, 1).

¿Qué defectos le encontraba a los 30 años de su publicación? Obra juvenil, con su ligereza correspondiente, corto saber, empeño superior a sus fuerzas; pero sin arrepentirse de haberse lanzado a ella porque fué un libro de buena fe, pensado con sincera convicción, «en que recogí buen número de noticias que entonces eran nuevas, y ensanché cuanto pude, dentro de mis humildes facultades los límites del asunto, escribiendo por primera vez un capítulo entero de nuestra historia eclesiástica, no de los más importantes, sin duda, pero que se relaciona con casi todos y es de los más arduos y difíciles de tratar. Del plan no estoy descontento ahora mismo y lo conservo con poca alteración» (Ibid, 31, en HHE).

Algo más tarde reconoce cierto énfasis en el estilo, páginas que le hacen sonreír ahora, pero que no las tacha; desigualdad. Ha corregido algunos defectos más llamativos e incorrecciones. Todo ello de poca monta en extensión. Reconoce también apasionamiento juvenil, inexperiencia. Mas en conjunto vuelve a aprobarlo: criterio, disposición, noticias, aun el estilo, reflejo de sus 20 a 24 años. Y también su profundo amor a la verdad en todas las ocasiones.

Desde nuestro punto de vista, es sin duda, la más importante de las aportaciones de Menéndez a la historia eclesiástica. Y a su vista, conviniendo sin duda en la autocrítica que se hace su autor, no podemos por otra parte disimular la valía de sus exposiciones históricas, sin poder creer a la evidencia de su génesis real. Es cierto que se dan algunos errores de detalle, advertidos oportunamente por investigadores como el P. Beltrán de Heredia, o el catedrático Pérez Bustamante, o el poeta-historiador P. Félix G. Olmedo, S. I. o D. Julio de Urquijo; pero son detalles de los que no se libra nadie, y sobre los que Menéndez no se hizo jamás ilusiones: «Nada envejece tan pronto como un libro de historia. Es triste verdad, pero hay que confesarla. El que sueña con dar ilimitada permanencia a sus obras y guste de noticias y juicios estereotipados para siempre, hará bien en dedicarse a cualquier otro género de literatura y no a éste tan penoso, en que cada día trae una rectificación o un nuevo documento» [I, 176, HHE, Advert. preliminar I, 30].

A pesar de esta confesión bien se puede afirmar que los Heterodoxos no han envejecido, tanto por el tema tratado con tan buen criterio, competencia y documentación, como por la misma expresión literaria que ha dado carácter lapidario a muchos de los personajes, libros y sucesos de nuestra historia religiosa. La viveza de su estilo, su densidad, su amor a la verdad, el mismo respeto y aun cierto cariño profesado a algunos heterodoxos en cuanto literatos o por sus cualidades personales, la intrépida intransigencia doctrinal, hacen que sus páginas resuciten con verdad histórica y literaria contiendas, controver-

sias, juicios, errores, sobrenadando sobre todo este mar heterogéneo y desconcertante el hálito de la verdad vivificante, que se impone siempre como solución tanto lógica como histórica y la apología católica, contenida en cada página.

Bien se trate de períodos como el romano, visigodo, árabe-cristiano, o los más próximos, del protestantismo, enciclopedismo o revolucionario, o de personajes insignes no sólo heterodoxos, sino tanto o más los ortodoxos, es un desfile de semblanzas históricas, de concatenaciones de períodos o errores, de retratos vivos, trazados por quien no tuerce nunca a sabiendas su criterio de verdad humana y de actitud católica, ni trata de evitar los ásperos bordes y punzantes trazos de ciertas conductas eclesiásticas. «La historia eclesiástica se escribe para edificación y no para escándalo, y el escándalo no nace de la divulgación de la verdad, por dura que sea, cuando se expone con cristiana intención y decoroso estilo, sino de la ocultación o disimulación, que está a dos dedos de la mentira. Afortunadamente, todos los grandes historiadores católicos nos han dado admirables ejemplos, que pueden tranquilizar la conciencia del más escrupuloso, y no es nuestra literatura la que menos abunda en maestros de varonil entereza» (HHE. Advertencia prelm. 2 ed. 1910; I, 30-1; [I, 182]).

Por ahí se ve que no trata Menéndez de ocultaciones o amaños de la verdad, aunque sí de presentarlas en su verdadero ambiente y significación. No quiere que su historia se llame apologética, para no excitar sospechas de parcialidad, y porque la tendencia nos aleja fácilmente de la verdadera comprensión de los grandes sucesos y del espíritu de los tiempos (Ibid. 3; y HIE, II, 83 nota) [I, 182]. A él le basta no ser indiferente en el sentido de despreocupación moral o religiosa, y aplicar la ortodoxia católica al examen de temas directamente relacionados con su doctrina. [I, 183-4]. Lo demás se le dará por añadidura.

En cuanto a las novedades que aportaba, basta señalar que fué de los primeros en exponer los descubrimientos modernos en torno a Prisciliano y a su doctrina y el primero en estudiar sobre el mismo larguísimo proceso conservado en la Biblioteca de la Academia de la Historia la cuestión del Cardenal Carranza. Al mismo tiempo es también el primero en la utilización de muchas fuentes protestantes, manuscritas o impresas referentes a España, lo mismo que en otros conflictos.

No nos extraña ante esta verdadera ofensiva histórica en todos los frentes religiosos de España, que por el mismo tiempo (1879) estuviera acariciando la idea de una Historia Universal. ¿No vendría la idea del ejemplo del propio Cantú, ocasión y ejemplo para los Heterodoxos? Tal idea la comenta con Valera y otros corresponsales.

Nos es ahora necesario extendernos a otros valores históricos de esta obra, que sigue gozando de tan robusta vitalidad. Contentémonos con una ligera enumeración: revitalización de valores históricos, fijación más precisa de límites de conductas y actitudes ante el hecho religioso; señalamiento preciso, pero delicado en la forma, de lacras y

deficiencias con vigoroso subrayar de reformas y mejoramientos; psicologías de caídas o endurecimientos, seguidas muchas veces de conversiones; refutación de calumnias agazapadas en el material histórico junto a hechos ciertos. Y todo ello vibrante, bien narrado en general, preciso y claro, como una disección y exposición viva del elemento histórico.

Cotejando ambas valoraciones, la de los defectos señalados por su autor o reconocidos, el saldo favorable resulta elevadísimo.

II. — *Otros escritos. ¿Abandono del tema eclesiástico?*

Al llegar aquí, parece pregunta obligada la que nosotros mismos oímos formular ya desde nuestra niñez y hemos visto repetida luego tantas veces: ¿por qué no se dedicó con preferencia a estos estudios de historia eclesiástica, quien tan maravillosamente se había iniciado en ellos? Confesamos no haber recibido nunca explicación satisfactoria, pues la que habíamos oído de una especie de cambio de dirección de aquel terreno más directamente religioso y apologetico (tal como entendía Menéndez este término), no nos parece conforme con la realidad al estudiar la biografía del maestro.

Por eso creemos que al seguir el camino que de hecho siguió, no se desvió propiamente de sus propósitos anteriores, aunque es cierto también que pudo haberse dedicado dentro de ellos a estudios de tipo más eclesiástico, y que más de una vez pensó en ellos.

Si estudiamos el proceso de su formación, vemos que predomina desde el principio el tema literario, aunque con amplitud de visión y miras, ligada a la historia y a la religión por un lado y al clasicismo por otro. Sus primeros esfuerzos literarios de adolescente siguen esa trayectoria. Y al llegar en 1871 a Barcelona, y especialmente en el curso de 1872-73 recibió del maestro Milá y Fontanals una especie de orientación definitiva, hacia los campos de la historia literaria medieval que Milá conocía y explotaba entonces como nadie. Años más tarde, 1908, escribió Menéndez: «A esta escuela debí en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser krausista ni escolástico. Allí contemplé en ejercicio un modo de pensar relativo y condicionado, que me llevó no al positivismo (tan temerario como el idealismo) sino a la prudente cautela del *ars nesciendi*» (Estudios V, cit. por Lafín, 132).

Es decir, un modo de pensar más bien histórico y abierto que excluyente y dogmático, lo contrario de lo que en la polémica con el Padre Fonseca, sin meternos ahora a enjuiciarla, achacaba a este Padre: falta de sentido histórico; anquilosamiento o petrificación en campos limitados, que son el terror del historiador a secas.

Mas siempre, en el entusiasmo por lo clásico y en su dirección doctrinal tiene presente el hecho trascendental aportado por el cristianismo al mundo, y que toda visión científica de él debe siempre tener pre-

sente. Lo expresó al contestar a Pidal, tomando como lema la vigorosa expresión paulina: «*Instaurare omnia in Christo*». Y en otra ocasión al escribir: «El Cristianismo no vino a destruir nada de lo bueno que había en la civilización antigua, sino a restaurarlo todo en Cristo». (Prólogo a los poetas bucól. de Montes de Oca; cita por Laín, 139). Esta idea se transmite continuamente en los Heterodoxos en otra forma, especialmente al buscar las hilaciones de los períodos históricos.

Al mismo tiempo que los Heterodoxos, y algo antes en cuanto a su impresión, había entablado batallas en torno a la Ciencia Española, cuando sus orientaciones filosóficas parecieron también un momento querer señalar la dirección definitiva de su vida, aunque más bien lo fuera a través de los raíles históricos que de los metafísicos. Fueron años de tanteos, de búsqueda afanosa, inconsciente a veces, dirigida por sus maestros otras, entre las diversas tendencias de su alma. Su cátedra de historia de la Literatura en Madrid influyó sin duda en forma bastante decisiva para lanzarle más por esos caminos, y luego de modo permanente. Y eso ocurrió ya en 1878, casi dos años antes de la impresión de los primeros volúmenes de los Heterodoxos.

Los escauceos políticos con sus inevitables desengaños en un hombre como él, que gustaba más de tratar con muertos ilustres que con los vivos que encontraba a su paso, y los sinsabores ocasionados por algunos católicos no conformes del todo con su orientación y postura, le empujaron también, más suave y más inconscientemente sin duda, al campo de la crítica literaria, abandonando el cultivo directo de lo eclesiástico, entrevisto como posible en los años de sus polémicas, de su ardor combativo, de su indecisión profesional, antes de los áureos años del maestro, del profesor, del indiscutible guía en vastos campos de la cultura patria, desde la muerte de Laverde (1890).

Y sin embargo, la historia eclesiástica se roza aún de continuo en su producción, no sólo en discursos ocasionales, prólogos de obras, conmemoraciones históricas, sino también en muchos capítulos de sus críticas literarias o estéticas, por ser en gran parte una especie de historia de la literatura religiosa, y no poder olvidar sus relaciones con el ambiente histórico de cada tiempo. Por eso el magisterio de Menéndez en temas histórico-eclesiásticos no se cierra con las páginas de los Heterodoxos, sino que hay que completarlo con ese otro río de datos sueltos, de capítulos enteros, de síntesis y relacionamientos magistrales, diluidos a lo largo de su inmensa producción literaria. La falta de trabazón estricta entre sí de estos complementos de su historia eclesiástica se suple en buena parte con la mayor serenidad crítica, más dominio del estilo, mejor penetración histórica de acontecimientos y personajes.

¿Quién no ve en sus trabajos ocasionales, no sólo manifestaciones permanentes de su criterio y de su militancia católica y ecos de su propia vida, sino nuevos datos de erudición, nuevos matices de crítica, y nuevas relaciones entre lo divino y lo humano?

Al celebrar el 3 de marzo de 1903 a León XIII en un acto del

Círculo de San Luis de Madrid, no sólo rendía homenaje al Pontífice reinante, sino que proclamaba su beligerancia en los grandes intereses del alma y de la vida, después de haber mirado su agitación desde su observatorio histórico sin olvidar la realidad: «Dios que tuvo misericordia del gentil y del publicano, no ha de desoír los ruegos de estos pequeñuelos llamados artistas, literatos y científicos, que con limpio corazón busquen su huella a través de las pompas de la naturaleza, de los sangrientos y ejemplares castigos de la Historia, de los prodigios del razonamiento y del análisis...; donde quiera que esté la verdad científica o histórica, allí está Dios, que es la verdad esencial y el fundamento de toda realidad...» Y daba gracias a Dios por haber conservado «intacto el tesoro de la fe, en medio de las revueltas aventuras intelectuales que forzosamente corre en nuestros tiempos todo espíritu investigador y curioso» (Castro, 157-8).

Derrama lecciones de historia y de filosofía de la historia en actos conmemorativos de la Inmaculada, de San Isidoro, del Congreso Eucarístico de Madrid, del Obispo Menéndez de Luján (de Santander en la guerra de la Independencia), de Balme. La historia, el arte, la devoción católica y su armónica reunión en la mente del cristianismo pocas veces han sido mejor cantadas.

La actitud del maestro en estas ocasiones y mejor en otras de más compromiso, es una viviente apología de la actitud cristiana, que sin negar los fueros de la verdad ni disimularlos, sabe por otra cubrir con el velo de una generosa caridad o realzarlas cuando se merecen, actuaciones y criterios que no puede aprobar sin más, mientras que las circunstancias le impiden una inhibición salvadora. Recordemos un caso, porque se trata de la aplicación a su vida real del criterio justo, ecuánime y aun caritativo, sin falsear las exigencias de la verdad.

«Al ingresar en la Academia de la Historia, tuvo que trazar la silueta de su predecesor en la silla, don José Moreno Nieto. ¿Cómo no aludir, siquiera fuese de pasada, a sus errores filosóficos? ¿Ni cómo refutarlos o insistir en la crítica, cuando la fiesta académica exigía por su misma naturaleza, que se rindiese un tributo a su memoria?» (Castro, 177).

Veamos con qué habilidad y al mismo tiempo entereza cristiana, salva el compromiso.

«Fácil es discutir al pensador — observaba don Marcelino —, y de hecho muy pocos hubo que le siguiesen, y sería en mí torpe mentira el afirmarlo aquí por respetos a mi egregio predecesor, que puede ser su espiritualismo, vago y poco preciso de líneas, aunque simpático, la fórmula de la moderna restauración de las ciencias especulativas. Me elegisteis tal como soy, y no de he de venir a comprar aplausos ni a mitigar impopularidades, haciendo sin alguna salvedad el panegírico de un hombre que precisamente lidió toda su vida por la omnímoda libertad del pensamiento científico. Pero tampoco sería digno ni honrado venir a inquietar sus cenizas, hoy que no puede levantarse su potente voz para respondernos, ni traer de nuevo a la arena el eterno

pleito entre las dos ciudades que han de permanecer en presencia hasta la consumación de los siglos. Sólo recordaré a los creyentes (porque en este acto sólo caben palabras de paz y de mansedumbre), que si Moreno Nieto erró en algo, también peleó cien veces a nuestro lado, defendiendo de la invasión materialista y atea el testimonio y la integridad de la conciencia humana, el libre albedrío, el valor ontológico y sustancial del derecho, la fuerza imperativa del criterio moral, la posibilidad y la realidad de la metafísica, lo ideal en el arte, y todas las intimidades, pompas y esplendores de la vida del espíritu asentada sobre la roca incommovible de las nociones primeras» (Ibid. 177-78).

Con igual seguridad de criterio, abertura histórica, y conciencia del juicio divino y de los hombres, describió la extraña caída y pertinacia de Lamennais en sus Ideas Estéticas. (VIII, 187 : Castro, 493.)

Destaca el tino de sus apreciaciones tanto como su delicadeza de expresión.

Este es el Menéndez Pelayo que conoce y admira la Historia Eclesiástica, mientras se goza en contarle entre sus más ilustres cultivadores.

* * *

Se nos permitirá al llegar aquí, que nos detengamos a considerar algo de lo que en él supuso esta misión de historiador, que junto a sus apreciaciones filosóficas en el plano de la historia de los sistemas más que en el terreno puramente especulativo, y a los literario-culturales, constituirá siempre la característica principal del maestro.

Decir que don Marcelino fué un historiador nato, parece un axioma indiscutible, y poco menos el afirmar que dedicó una gran parte de su actividad como tal a temas religiosos enlazados con la historia eclesiástica de España y parte de la de otras naciones.

«El campo de los estudios históricos, a que mi vocación me llevó muy temprano», decía en el homenaje a León XIII en 1903 [I, 22].

Y nueve años antes: «Cada cual debe seguir su propia vocación, si quiere hacer algo de provecho; y a mí todas mis aficiones y estudios, y hasta el oficio que desempeño, me alejan de la literatura militante, no porque caiga yo en la ridícula pedantería de desdeñarla, ni porque, como lector, deje de interesarme en ella—, sino porque conociendo, amando y sintiendo (aún dentro de mi pequeñez) mucho mejor la historia que la vida actual, pareceme que debo seguir esta natural tendencia de mi espíritu» [I, 22]. Esplendor y decadencia de la cultura científica española, 1894; CE, II, 403-404»

Pudo escribir a Valera: «La historia de España, a la cual convergen todos mis trabajos» [I, 22] 1903.

Y mucho antes: «Al que con verdadera vocación y entendimiento sano emprenda este viril ejercicio de la historia por la historia misma, todo lo demás le será dado por añadidura, y cuanto más envuelto parezca en el minucioso y deslucido oficio de los detalles, se abrirán de súbito sus ojos, y verán surgir, de las rotas entrañas de la historia,

el radiante sol de la metafísica, cuya visión es la recompensa de todos los grandes esfuerzos del espíritu» [I, 89]. De las vicisitudes de la filosofía platónica en España. Disc. en la Univ. Centr. 1898.)

La Historia, en manos de don Marcelino, va entregando sus secretos en forma viva y abundosa. Asistimos asombrados a la resurrección de personas y de épocas, de caracterizaciones y hechos individuales, a empresas destructoras y grandiosas construcciones religiosas. Todo brota de su pluma lleno de palpitante actualidad, por más que lleven consigo el reflejo indestructible de su tiempo. De ahí, en gran parte, el interés y la actualidad permanente de sus personajes y de sus síntesis, de sus juicios profundos, incisivos, medulares, de los rútilos que coloca con pulso firme y seguridad casi inapelable a las conductas humanas. De ahí también el extraño atractivo de unas páginas, que casi nunca pueden llamarse extrañas al lector moderno, a pesar de que los nombres manejados y los temas propuestos yazgan con frecuencia olvidados en plena inactualidad. Participan de la sensación de vida, realidad y movimiento en que los ha envuelto el soplo vivificante del historiador y del artista, y no de la esterilidad inmóvil de listas sepulcrales.

¿Qué exigía y qué esperaba él de la historia y de los historiadores, especialmente de los religiosos?

Se nos permitirá el mero enunciado de esta parte, pues citas y explicaciones nos llevarían demasiado lejos ahora. Exigía, ante todo, un gran conocimiento de las fuentes históricas relativas a su estudio, consejo, cuya puesta en práctica por él tanto recalca el historiador don Vicente de la Fuente, en la censura eclesiástica que hizo para «Los Heterodoxos». Como en otra ocasión se expresó Menéndez: «El íntimo, cabal y bien digerido conocimiento de la materia, lo mismo en el detalle mínimo que en el cuadro general» [I, 177]. (Prólogo a los ensayos de J. M. Quadrado, 1893.)

Este tema que sale frecuentemente de su pluma. Exigía del mismo modo la profundidad. «Si soy implacable con la *universalidad superficial* y el saber aparente, nadie me gana en respeto al *especialista profundo* y tolerante y al saber sólido y verdadero» [I, 76]. (Mr. Masson redimuerto, 1876, CE, I, 206.) Y apenas tenía 20 años al escribirlo.

Con marca más profunda aparece aún su culto insobornable a la verdad y su espíritu de sana crítica histórica. Las citas se multiplican en esta parte y ya vimos antes una acerca de la historia eclesiástica en particular. Recordemos sólo ésta: «Sólo el celo de la verdad, me mueve en mis investigaciones, que continuamente estoy rectificando, porque no presumo de infalible». Para ello conjuga admirablemente este deber de la verdad con su criterio católico, sin alterar los hechos ni falsificarlos, guardando una imparcialidad, modelo de rectitud y de habilidad franca en tocar puntos más escabrosos.

Con la verdad y para la verdad, la crítica, pero no la agría y pedantesca de muchos, rozando con la detracción malévol, sino en «el método histórico comparativo, lento, minucioso de suyo» que «tiene pocos prosélitos en España».

Queda abierto a todos los horizontes de dentro y de fuera, oteados sin cesar. Y todavía,, después de poner este cuidado en la investigación, crítica y exposición, sabe retractarse, pues «no merece el nombre de escritor formal, quien deje subsistir un yerro por leve que parezca» [I, 174]. (HHE, Advert. Prel. a la 2 ed. 1910.)

Lo dicho no está en oposición con una sana libertad, que Menéndez reclama celosamente y con frecuencia, como ciudadano libre de la República de las Letras. Detestaba a los krausistas por no haber pensado libremente [I, 286]. «La libertad que tengo y deseo conservar íntegra en todas las materias opinables de ciencia y arte, al modo de aquellos españoles de otros tiempos, cuyas huellas, aunque de lejos y *longo intervallo*, procuro seguir, *no captivando mi entendimiento sino en las cosas que son de fe*, como dijo el Brocense» [I, 24]. (Instaure omnia in Cto. 1880; CE, II, 118.)

Añadía una especie de corona a todo este conjunto, la tolerancia con las personas, de la que tan bellos ejemplos conserva su biografía, no menos que la intransigencia en las ideas, fundada en la verdad; intransigencia que no puede exigir para sí, v. gr., el protestantismo por su mismo modo de ser.

Y ponderaba con cierta nostalgia «aquella tolerancia científica, aquel espíritu crítico y aquella inteligencia de las ideas más opuestas, que forzosamente trae consigo el estudio de la historia, y que es su más positiva ventaja» [I, 53] (HIE, V, 17), propugnándola especialmente para las discusiones entre católicos.

Nosotros debíamos haber llegado a esto, pero la historia posterior nos dice que ese objetivo fundamental sólo ha quedado como una meta demasiado alzada en las cumbres de lo ideal. Será tarea de todos el tratar de rescatarla con el máximo de las visiones realistas, no menos que de desinterés cristiano y eficaz.

Menéndez y Pelayo, todo menos escritor sistemático en el campo de sus preferencias filosóficas e historiológicas enuncia a veces en forma llamativa, y que tomada al pie de la letra tiene elementos inaceptables, tesis o proposiciones, al parecer, nítidas, claras y bien delimitadas, con una envoltura literaria sugestivamente brillante. Pero su mismo sentido de las realidades, su natural rectitud, y su amplitud de visión, hacen que aproveche otras muchas ocasiones para ir puntualizando su pensamiento, y cercenando o afinando, por lo menos, aquellas asperezas o salientes demasiado llamativos de sus declaraciones anteriores.

Claro que «la intolerancia de la impiedad» queda bien caracterizada en Menéndez [I, 57] (Masson redivivo, C. E. I., 122), no menos que la falsedad histórica servida al pueblo en párrafos hueros o empalagosos, buenos para adormecer o infundir vanidades, y no para mejorarlo [I, 199].

Entre los estudios dedicados a analizar a Menéndez y Pelayo, probablemente lleva la palma el de Pedro Laín Entralgo: «Menéndez y Pelayo, Historia de sus problemas intelectuales» (Madrid, 1944), en cuanto al estudio sistemático de todo su modo de ser histórico, la re-

construcción de su ruta mental y la valoración de sus aportaciones a los problemas candentes de España por y a través de la historia. Une profundidad, comprensión, amplitud de mirada y de conocimientos, amor a la verdad y método en su investigación. No se trata de una biografía, aunque sirva mucho para redactarla.

«Menéndez y Pelayo se propuso a sí mismo y propuso a los españoles la tarea de salir con fidelidad católica, suficiencia científica y actualidad histórica de la pugna que desde 1815 hasta su mocedad había sido la historia de España. A la luz de este proyecto cardinal debe verse la obra entera de su vida» [p. 128].

En este empeño, más o menos consciente, y por lo que toca a nuestro tema, tanteó diversos caminos, se dejó llevar, hasta cierto punto, por el ímpetu de la reacción, a excesos de tipo nacionalista de genio nacional o racista, de carácter muy particular, sin ningún resabio de tipo biológico, y que luego corrige, cercena y purifica en otras ocasiones, y donde impera ante todo el ansia de la regeneración, centrada en la orientación histórica. Su pesimismo inicial por el tumulto que le rodea, da de vez en cuando entrada a ráfagas más optimistas, sin demasiada ilusión, aunque con mucho deseo. Se refugia en parte en el pasado, algo idealizado, para huir de la confrontación del presente de derrota o decadencia. Mas sale continuamente al paso de la realidad, bien captada y juzgada por quien tenía cualidades y criterio para ello, aunque no vocación activista para presidir a los remedios, fuera de su influjo literario a través de la historia, de las letras y de las ideas estéticas.

La madurez le va mejorando, comunicándole mayor serenidad y le permite atisbar mejor la continuidad histórica.

Menéndez y Pelayo fué un «historiador de *figuras* y de *tipos*. «Ve la historia más que vivirla», le aplica Laín, como el Conde York a Ranke (p. 277). «Los problemas están contados y las soluciones también», escribe (pág. 277). Es una solución cómoda, mas insuficiente.

Por otra parte, y concluimos, Menéndez no es un pensador sistemático. Era un maravilloso profesor para abrir horizontes, señalar caminos y veredas, contestar a todos los detalles y cuestiones, poner vida, simpatía e idealismo en los tipos y en las cuestiones menos interesantes, pero no tanto para la árida preparación de trabajos de seminario científico en laboriosidad metódica. Por otra parte, es ecléctico en los influjos; admite todas las ideas no reñidas con el pensamiento católico y las normas humanas. Tal vez, inconscientemente este modo de ser, unido a los motivos antes alegados, le fué alejando del estudio más directo y exclusivo de temas eclesiásticos.

Por estas cualidades, su magisterio es comprendido mejor por la gente formada que por la juventud, especialmente si ésta ha sido iniciada ya en otras formas de pensamiento o en otros módulos históricos.

¿Quiere esto decir que los jóvenes se sustraigan a su influjo? No lo creemos, cuando se le hace accesible y se emprende realmente su estudio, sin contentarse con frases o alusiones sueltas, o cuando no se le

promete al joven lo que no ha de encontrar en él, como un sistema completo de filosofía, de apologética, de historia, etc.

La lección que nos da a todos es de una excepcional ejemplaridad en el trabajo, en la entrega a altos ideales, en el aprovechamiento de las cualidades personales, en la solidez del criterio, en la percepción de la grandeza racional e histórica del Catolicismo en cuanto la mente humana puede valorar la sublimidad de la Revelación y comprobar el cumplimiento, a través de las generaciones, de los destinos prometidos a su Iglesia por N. S. Jesucristo. Por todo esto, es un estímulo activísimo, mientras que su amplitud cristiana y humana y su convicción acerca de la efectividad del apostolado científico-cultural, trasladan al campo de las realidades vivas lo entrevisto como ideales dignos de merecer nuestros empeños y aun nuestras vidas.

El terreno histórico fué uno de los preferidos por el Maestro para el despliegue de sus facultades. Pudo descubrir relaciones nuevas, definir actitudes y conductas, abrir rutas al paso de la verdad, juntando al rigor del estudio, la exposición transparente y emocionante que se insinúa en los corazones al mismo tiempo que en las inteligencias.

La Iglesia contó en él a uno de esos seculares, que, como Paul Allard, en Francia; de Rosi, o Cantú, en Italia, y Görres o Pastor, en Alemania, han demostrado la posibilidad de escribir su historia de la Iglesia sin temor a entorpecimientos censurarios onerosos o a violencias a una amplia libertad de expresión.

¿Y cuál fué su éxito final? Nunca los resultados humanos han quedado reducidos a las aclamaciones del triunfo y a la admiración de los contemporáneos, y mucho menos en los entregados al ideal cristiano, ungido siempre con la Cruz.

Las asperezas, con todo, abrillantaron a la larga los esfuerzos del investigador cristiano, a los que no viene mal cierta lentitud, paralela a aquella que prometía el Maestro divino al crecer de su semilla. Quien hoy considere la figura de Menéndez y Pelayo y mida su huella, no podrá menos de reconocer efectos duraderos, bienhechores, dignos de los sacrificios que exigieron.

LEÓN LOPETEGUI, S. I.